

Juan, su madre y los cántaros

—¡Juan va a la fuente! ¡No romperá los cántaros!
¡Juan va a la fuente!...

...Con un cántaro en cada mano y este sonsonete en los labios, Juan, camino de la fuente, era dichoso. Su madre le había otorgado toda su confianza y, a sus ocho años, iba a por agua a la fuente con un cántaro chico y otro grande, mucha alegría en el corazón, miradas despreciativas a los amigos que iba encontrando, y atornillando en el oído de todas las gentes la cantinela que primero le vino a los labios y que, ¡raro azar!, expresaba con plenitud su estado psicológico.

—Juan va a la fuente. No romperá los cántaros...
Iba voceando mientras, alegre como unas Pascuas, mirando a diestro y a siniestro, iba balanceando los brazos, adelante y atrás, atrás y adelante, adelante y atrás..

—Juan va a la fuente. No rom....

¡¡¡ Chof !!!

Los dos cántaros, al balancearse hacia atrás, habían chocado con sus panzas quedando destrozados.

Juan, sujetando tontamente las dos asas rodeado de fiestas, que dóhasta sin fuerzas para llorar.

¿Por qué se habían roto?

El sabía que un cántaro se rompe cuando cae al suelo. Pero no más. Le faltaban otras experiencias...

Como un ritornello burlón continuaba su cerebro repitiendo: Juan va a la fuente. No romperá los cántaros. Juan va a la....

Se echó a llorar y, al poco rato, le estaban rodeando todos los críos del pueblo. Algunos de ellos habían ido hacia él atraídos por su cantinela. La mayor parte se apiñaban ahora a su alrededor, llegados con su llanto. Uno de éstos remedó a Juan diciendo a grandes voces:

—¡Juan va a la fuente! ¡No romperá los cántaros!
¡Juan va a la fuente!...

Y luego, todos a una, sin ninguna compasión, siguieron detrás de Juan, alicaído, hipante, con un asa de cántaro en cada mano, profundamente desgraciado, lloroso, con más pena de haber sido indigno a la confianza de su madre que temor por la azotaina que seguramente iría a recibir.

Otro rapaz poco compasivo, deseoso de fastidiar del todo a Juan, inició el estribillo de vuelta:

—¡Ha roto los cántaros! ¡Ha roto los cántaros! ¡Ha roto los cántaros!

Y así Juan regresaba a su casa; entre un escándalo de gritos, de risas, de burlas...

Iban saliendo por balcones y ventanas las mujeres que estaban en casa y todas se burlaban de Juan y le auguraban una buena zurra.

—¡Ha roto los cántaros! ¡Ha roto los cántaros! ¡Ha roto....!

Juan, una asa en cada mano, andar cansino, corazón angustiado y la mente confusa, lloraba con gran desconuelo. Los gruesos lagrimones que caían de los ojos de Juan regaban el camino.

Su madre — acebuche de madre — era de armas tomar, una de estas mujeres macizas y mal-habladas, agrias, poco listas, que tienen la mano muy dispuesta a

la bofetada; y que, hasta cuando azotan a sus hijos, se embriagan en la zurra y acaban andando a puñetazos como si el hijo fuera un saco de serrín. Todos los chavales que seguían a Juan — mofándose de él, escarne-ciéndole, sin compadecerle en nada — esperaban con verdadera fruición la azotaina que su madre tenía que pegarle. ¡Sería una gran tanda de golpes! Seguramente en la calle, antes de llegar a casa, con bofetadas y puñetazos. ¡Dos cántaros valen mucho dinero, y Juan había roto los dos! Por ello, cuando más se acercaba Juan a su casa, tanto más clara era la acusación, el invite más acusado.

¡Ha roto los cántaros!...¡Ha roto los cántaros!...

La madre se asomó a una ventana para ver lo que ocurría. Vió a su hijo con las asas en la mano y la turba detrás... Salió como una fiera, con un garrote en la mano.

¡¡Ha roto los cántaros!...¡Ha roto los cántaros!!!

Los gritos arreciaban. La chusma estaba ebria de placer. Se había desatado el fondo salvaje de todos los chicos. Aquellos antepasados que se solazaban en las luchas circenses, con los gladiadores en la matanza de cristianos, ante la brutalidad de una hecatombe cualquiera, revivían en estos chiquillos que de cada vez esperaban más: El bastonazo, la paliza, ¡la auténtica paliza!

La madre se acercó a Juan. Juan, llorando, levantó los brazos y le enseñó los restos de los malogrados cántaros. Y no dijo más, sino llorar, con un gran desconuelo, con lagrimones enormes, hipando...

Y, ¡extraño suceso que quedará grabado en la mente de todos!, el bastón no se levantó. Aquella virago se esfumó ante los ojos atónitos de los chicos. Se humanizó, fué madre.

Desembarazó a Juan de las asas, le cogió de la mano y le llevó a casa. Juan se dejaba llevar.

¿Es que iría a pegarle dentro?... Los rapaces, poco dispuestos a renunciar al espectáculo, congregados ante la casa como si hubieran ido a bautizo, volvieron a reanudar sus gritos.

¡Ha roto los cántaros! ¡Ha roto los cántaros!...

Algunos, más impacientes, más atrevidos, se metieron en el vestíbulo, escuchando atentamente, tratando de oír la paliza que se desarrollaría en el interior. Aquella paliza, fracasada en la calle, que les dejara un vacío en su innoble atavismo.

Al cabo de unos minutos ^{* * *} salió Juan. Sonriente. Peinado. Lavado. Guapo. Les miró con expresión triunfante y se fué calle abajo.

Todos le siguieron, alicaídos, sorprendidos, cruzándose miradas y comentarios de extrañeza. ¡¿Qué había ocurrido?!

Juan entró en la tienda, llamó a la dueña, compró y salió al instante con un despampante caramelo de los grandes. En la calle le quitó el papel y empezó a chuparlo al estilo profesional ante los ojos atónitos de toda la turba.

^{* * *}
Es muy posible que en breves días el número de cántaros rotos en la aldea aumente de modo sorprendente.

Antonio Miralles Manresa